

FORNIS, César: *El mito de Esparta. Un itinerario por la cultura occidental europea*. Madrid, Alianza editorial, 2019, 386 pp. [ISBN: 978-84-9181-612-6].

Decía sir C. M. Bowra que «cada generación de forma involuntaria ve el pasado a su manera y halla en él algo aplicable a sus propias necesidades y experiencias»¹. Esta afirmación adquiere su mayor sentido en el caso de la antigua Esparta, con la diferencia de que esa involuntariedad a la que aludía el crítico oxoniano no parece haber sido el principio rector en la construcción y utilización de la imagen de la antigua polis del Peloponeso. La mejor prueba de ello es la apropiación y el uso consciente e indiscriminado que se ha hecho de Esparta a lo largo del tiempo, hasta el punto de adulterar su esencia y convertirla en un icono del imaginario colectivo que poco o muy poco tiene que ver con lo que debió ser la antigua polis situada a orillas del Eurotas.

A ese proceso está dedicado esta nueva publicación de César Fornis, uno de los pocos especialistas del ámbito hispano sobre esta antigua ciudad-estado. Este libro representa, en cierta medida, el colofón a sus investigaciones sobre Lacedemón, en las que, por otra parte, el tema de la imagen de Esparta siempre ha estado presente de una forma u otra². Como el propio autor

señala en lo que podemos considerar la Introducción de la obra, aunque su título es «A modo de prólogo» (pp. 13-19), este no es un libro sobre Esparta, sino un libro sobre la idea de Esparta y de cómo esa idea ha sido acogida y absorbida por la posteridad. Para ello, el profesor de la Universidad de Sevilla ha optado por llevar a cabo un análisis mixto de la imagen de Esparta en la cultura occidental, en el que se combina el examen diacrónico de esa recepción con varios capítulos donde se analizan de forma temática algunos de los aspectos relacionados con ese «*mirage*» espartano. A lo largo de catorce capítulos más un epílogo, el autor lleva a cabo un recorrido pormenorizado por aquellos elementos de la antigua Esparta que han acabado convirtiéndose en *topoi* recurrentes durante los diferentes períodos de la historia occidental.

Y como no podía ser de otra forma, C. Fornis comienza por el principio, es decir, por la gestación del mito, tema al que está dedicado el primer capítulo: «El nacimiento del mito: laconofilia y sublimación de Esparta entre los griegos de época clásica» (pp. 21-64). Resulta paradójico comprobar cómo esa imagen de Esparta como ciudad de virtud fue construida y difundida, en gran medida, por su principal

leyenda de los antiguos espartanos. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2016. En esta última monografía la imagen de Esparta ocupa un importante capítulo «Viaje al corazón del «*mirage*» espartiatu en la tradición y la cultura occidental» (pp. 433-486). También FORNIS, César: «Apropiaciones de Esparta por el nacionalsocialismo alemán: el estado racial», en: *Lo viejo y lo nuevo en las sociedades antiguas*. Besançon: Presses Universitaires de Franche-Comté, 2018, pp. 583-597.

1. BOWRA, Cecil Maurice: *La Atenas de Pericles*. Madrid, Alianza editorial, 1988, p. 9.

2. La imagen de Esparta ha formado parte de forma directa o indirecta de los trabajos del autor. *Vid.* FORNIS, César: *Esparta. Historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico*. Barcelona: Crítica, 2003; Id.: *Esparta. La historia, el cosmos y la*

enemiga política e ideológica: Atenas. Sin embargo, ese discurso no nació como un medio para desprestigiar a su adversaria; muy al contrario, provenía de aquellos sectores atenienses más tradicionales en el ideario político que veían en ese constructo la mejor forma de desprestigiar el modelo «decadente» que para ellos representaba el sistema democrático. Como «escuela de Grecia», el discurso ateniense se convirtió rápidamente en el modelo a partir del cual se construyó y perpetuó la imagen de Esparta durante la Antigüedad clásica e incluso más allá. Sin embargo, dicha imagen no tenía como base el modelo de la Esparta coetánea a la guerra del Peloponeso, y menos aún el de la polis hegemónica de comienzos del siglo IV a. C. En esa relación tan griega entre política y moral, la visión idealizada de Esparta se asoció al período más antiguo de su historia.

Precisamente, a ese período de la historia primitiva de la ciudad está dedicado el capítulo 2, «El mito se retrotrae en el tiempo: imágenes de Esparta en el arcaísmo griego» (pp. 65-89). Para el autor, la mirada constante por parte del mundo clásico y helenístico a la historia primitiva de Esparta confirmaría el papel del período arcaico como crisol donde se gesta el denominado «*mirage*» espartano. Fueron esa época y sus protagonistas los que acabaron convirtiéndose en el paradigma de los valores espartanos por excelencia y donde se sitúa el origen de los principales elementos que aportan a Esparta su idiosincrasia. En dicha configuración destacan por encima de todo la figura de Licurgo y su Gran Retra, pero también episodios míticos como la conocida «batalla de los campeones» (ca. 546 a. C.), los supuestos orígenes dorios de

los espartanos y el propio episodio de las Termópilas. Con un enfoque crítico, el autor busca los orígenes más remotos de algunos de esos ideales para demostrar el elevado componente de intencionalidad que hay tras gran parte de ellos, en clara relación con esa necesidad que tenía la propia Esparta de construirse una identidad. Muchos de esos valores construidos *ad hoc* pervivieron a pesar del declive político y militar que sufrió la ciudad tras el final del período clásico, ya que gran parte de ellos tenían como base elementos morales que muy pronto despertaron la admiración de las principales corrientes filosóficas que marcarían el futuro más inmediato.

A esa pervivencia está dedicado el tercer capítulo «La cristalización del mito: Esparta como referente moral en época helenística y romana» (pp. 90-133)–, en el que C. Fornis muestra cómo diferentes escuelas filosóficas asumieron algunos de los presupuestos laconios y sirvieron de altavoz y transmisor en el mundo romano, siendo, en muchos casos, las responsables de algunos de los *topoi* espartanos que han pervivido hasta nuestros días. Muchos de esos valores encontraron acomodo en la fase republicana de Roma gracias a esa relación estoica entre excelencia moral y política, que llevó a autores como Polibio o Cicerón a considerar la *politeía* espartana como el modelo de gobierno más equilibrado y, en cierta medida, el único comparable al de la Roma republicana. Esa proyección política de los valores espartanos quedó relegada a un segundo plano con la llegada del Principado, donde Esparta recobró su papel de referente moral y ético. No es casualidad que a este período pertenezca Plutarco, quien

puede ser considerado el padre de la Esparta llena de tópicos.

Siguiendo con este recorrido diacrónico, le llega el turno al capítulo 4, dedicado al período renacentista y barroco: «El renacimiento del mito: Esparta como modelo político para humanistas, utópicos y monarcómacos» (pp. 134-154). En él, el autor analiza la recuperación de la imagen espartana tras el vacío que supuso el medievo, un rescate que corre paralelo al redescubrimiento de los autores clásicos que más contribuyeron a publicitar las bondades de esta ciudad. Parte de esa recuperación es indisoluble al desarrollo del pensamiento político de este período, en el que, una vez más, los valores morales y políticos fueron de la mano. No es de extrañar que las instituciones espartanas se convirtieran en el espejo en el que muchos de los pensadores políticos de los siglos xv-xvii se miraron para encontrar soluciones a los problemas de las formas de gobierno de sus épocas.

Sin duda alguna, fue la Ilustración la que contribuyó de forma más decisiva a la configuración y justificación del mito espartano en la Europa occidental. Este proceso es objeto de análisis del capítulo 5, «La legitimación del mito: la laconomanía ilustrada» (pp. 155-189). Buena prueba del papel de este movimiento cultural en el desarrollo del «*mirage*» es la extensión de este capítulo, al que solo superan los dedicados a la propia gestación de la imagen de Esparta en época antigua. Frente al período anterior, la Europa de las luces puso su atención principalmente en los aspectos morales y educativos de la antigua Esparta, aunque, en muchos casos, esos elementos fueron indisolubles de la organización

política y de su cuerpo cívico; una vez más, virtud y política eran inseparables. Los tambores de la revolución francesa comenzaban a sonar y los valores de los *homoioi* y el control de los reyes espartanos por parte de la ciudad se convertían en unos referentes que pensadores como Montesquieu no iban a dejar escapar.

El recorrido diacrónico del mito espartano queda en suspenso durante el capítulo 6, «Las otras aristas del mito: la impronta de Esparta en la literatura y el arte del siglo xviii» (pp. 190-204), para hacer un alto en aspectos muy particulares del arte y la literatura del siglo xviii que, *stricto sensu*, no pueden incluirse en el movimiento de la Ilustración. Para ello toma como ejemplo las manifestaciones artísticas de este período en Inglaterra y Alemania, donde el movimiento ilustrado no alcanzó el peso de Francia, pero donde sí se constatan elementos comunes en la identificación y rescate de las virtudes espartanas.

El capítulo 7 «El mito no referencial: la recepción de Esparta en los Estados Unidos desde los Padres Fundadores a la Guerra de Secesión» (pp. 205-213) continúa con el análisis temático del mito espartano. La exclusión de este apartado de la exposición secuencial se comprende tanto por el ámbito geográfico –hasta ahora el análisis se había circunscrito a los territorios europeos–, como por la propia percepción de la antigua Esparta en las excolonias inglesas, que se aleja de la tendencia general de este período en la vieja Europa. Contrariamente a lo que pudiera pensarse, la impronta de la Antigüedad no fue tan decisiva en la configuración del nuevo proyecto político americano, una actitud a la que ni

siquiera escapó la ya por entonces celebrísimas Esparta, a la que los Padres Fundadores no tuvieron muy en cuenta en la ordenación de su ideal político. En esa renovación integral que suponían los nuevos Estados Unidos de América, determinados ideales y aspectos provenientes del antiguo continente no tenían cabida. Sin embargo, la ciudad de Licurgo no quedó al margen de los conflictos ideológicos y políticos que tiempo después afectarían a la nación. Durante la Guerra de Secesión, los dos bandos acabarían identificándose con la antigua Atenas –el norte, más dinámico y progresista– y con Esparta –el sur, más tradicional y esclavista– y lo que comenzó siendo una guerra entre norte y sur, se convirtió, en ciertos círculos cultos, en una nueva guerra del Peloponeso.

El octavo capítulo, titulado «El paroxismo del mito: la Esparta jacobina» (pp. 214-233), retoma el hilo narrativo temporal a partir del capítulo 5 para analizar el papel de Esparta en la etapa revolucionaria francesa. En esa recuperación y apropiación de la Antigüedad clásica llevada a cabo por el movimiento revolucionario para sus propios intereses, la ciudad laconia ocupó un papel muy destacado. Hay que tener en cuenta que el espejismo espartano se adecuaba muy bien a la mayoría de los valores cívicos y políticos que el nuevo sistema quería implantar en la sociedad nacida tras la caída de la monarquía absolutista. Dirigentes políticos de las distintas facciones, aunque con especial denuedo los jacobinos, recurrieron a esos valores y virtudes como referentes, llegando incluso a alterarlos y reinventarlos con el único fin de adaptarlos a las necesidades del momento e implementarlos en su

nuevo modelo social. En relación con este aspecto, resulta interesante destacar el profundo calado que el «*mira-ge*» espartano tuvo en el conjunto de la sociedad revolucionaria, y no solo en el plano ideológico-teórico, sino también en el práctico, hasta el punto de haber existido proyectos para implantar un sistema educativo basado en el modelo espartano. Sin embargo, esa relación tan estrecha entre ambos modelos políticos rápidamente se volvió en contra del propio sistema revolucionario cuando los enemigos de la Revolución lo utilizaron para criticar su inviabilidad para una sociedad en la que, por encima de todo, se preconizaban las libertades del individuo. Este ideal chocaba frontalmente con el propio sistema espartano, una contradicción entre el plano teórico y práctico que ya habían señalado algunos próceres del movimiento, como el mismo Robespierre.

El fin del período revolucionario dio lugar al nacimiento del siglo XIX y con él vino un cambio en la imagen de la antigua Esparta en el imaginario colectivo occidental. En analizar dicha transformación se centra el capítulo 9, «Hacia el cambio de paradigma en la incipiente historiografía moderna» (pp. 234-251). Buena parte de la culpa de esa nueva visión la tuvo la aparición de nuevos presupuestos y enfoques historiográficos, algunos de ellos vinculados a la propaganda antijacobina y antirrevolucionaria, que identificaron los valores atenienses con las democracias europeas –principalmente la inglesa, que se encontraba en su cénit– frente a un sistema menos libre como el espartano/revolucionario. Este cambio de paradigma debe mucho al historiador inglés G. Grote y en él se han basado

la mayoría de los planteamientos historiográficos sobre la antigua Grecia de tiempos posteriores. No obstante, hubo excepciones en esa visión menos benévola de Esparta. Sus principales representantes fueron figuras tan destacadas como E. Gibbon y W. Mitford, aunque no llegaron en ningún caso a crear tendencia en la época. Fue en este mismo período y en Alemania cuando en el ámbito académico se desarrolló una peligrosa asociación que tendría futuras y perniciosas consecuencias. Su autor fue K. O. Müller y su relación entre espartanos y dorios sentó las bases del modelo racial que sería utilizado por la Alemania nazi como uno de los elementos de superioridad étnica y justificación de muchas de sus atrocidades.

Precisamente a esas cuestiones, a la utilización del mito espartano por regímenes totalitarios, está dedicado el capítulo décimo: «El rostro más oscuro del mito: la Esparta totalitaria del nazismo» (pp. 252-268). La utilización y apropiación del pasado a la que se aludía al comienzo de esta reseña alcanza su cota más elevada y perniciosa durante parte del siglo xx, cuando la imagen de Esparta es recuperada y utilizada de forma espuria por parte de regímenes como el soviético y, principalmente, el nazi. Pero la reacción historiográfica no se hizo esperar, tal y como había sucedido más de un siglo antes en el caso de la revolución francesa. La derrota nazi supuso que Esparta quedara desterrada de los estudios académicos occidentales hasta el último cuarto del siglo xx, cuando algunos autores, entre los que destaca P. Cartledge, llevaron a cabo un proceso de recuperación crítica de este tema. Pero la reinvencción de Esparta llevada

a cabo en los ambientes académicos alemanes de los años 20 y 30 no desapareció con el final del nazismo; muy al contrario, esa imagen es la que se encuentra detrás de muchos de los estereotipos del imaginario colectivo de siglo xx que todavía siguen vigentes.

Los dos siguientes capítulos –el 11 y el 12– abandonan de nuevo el hilo temporal y se centran en dos aspectos muy concretos del mito espartano: las mujeres y los hilotas. En «Un mito también de género: la idealización de la mujer espartiana» (pp. 269-280), el autor analiza cómo se ha enfocado el papel de la mujer en Esparta a lo largo del tiempo y cómo esa imagen ha dado lugar a la creación de un mito dentro del mito, que ha servido como argumentario al feminismo moderno.

El capítulo 12, «El mito alcanza a los esclavos: apropiación del hilotismo por grupos oprimidos» (pp. 281-288), se centra en otro de los rasgos definidores del sistema espartano, como fue el sometimiento de los hilotas. Por sus propias connotaciones, esta peculiaridad se convirtió desde muy pronto en uno de los principales obstáculos para la difusión y aceptación del propio ideal espartano, hasta el punto de haber condicionado su asunción por parte de algunas sociedades y generar duras críticas, incluso entre las filas de los laconófilos.

El capítulo 13, «El mito en la calle: la recepción de Esparta en la cultura popular» (pp. 289-315), puede considerarse el final del recorrido cronológico de la recepción del espejismo espartano en la cultura occidental. El autor toma el pulso a la presencia de Esparta en las sociedades actuales a través del análisis de las diferentes manifestaciones de esta ciudad y sus elementos

en el imaginario colectivo moderno. Cabe destacar que este capítulo no se reduce a una mera relación de aquellos elementos en los que Esparta se encuentra presente en nuestras vidas, sino que hay una interpretación de la intencionalidad y de las implicaciones ideológicas de la utilización del mito espartano.

El último capítulo del libro –el 14– tiene como objetivo el que quizá sea el episodio mejor conocido y más utilizado del «*mirage* espartano: «El ariete del mito: Leónidas y las Termópilas en la tradición occidental» (pp. 316-342). El volumen de páginas dedicadas a este acontecimiento refleja la profunda huella que ha dejado en el la sociedades modernas. Como el propio autor señala en los primeros capítulos del libro, la génesis de este mito hay que situarla en el momento mismo en el que se produjo y por los propios lacedemonios, que hicieron de este episodio la quintaesencia de la virtud espartana. Esta tradición fue continuada por los laconófilos de todos los tiempos, aunque fue a partir del siglo XVIII cuando se convirtió en un elemento recurrente a la hora de defender la libertad frente a la opresión y a la tiranía, fuese del tipo que fuese. Esta etiqueta resultaba a todas luces demasiado atractiva para dejarla escapar por parte de los diversos bandos que se vieron abocados a enfrentarse a nivel ideológico, militar o cultural a lo largo de los tres últimos siglos. La mejor prueba de la versatilidad de este y otros mitos espartanos es la capacidad de apropiación por parte de diferentes idearios, la mayoría de las veces opuestos.

Al igual que sucedía con el apartado de la «Introducción», el libro no se cierra con unas conclusiones al uso. El

autor finaliza su obra con un apartado titulado «A modo de epílogo: la deconstrucción académica del mito» (pp. 343-347), en el que hace un balance del tratamiento recibido por Esparta como realidad histórica por parte del mundo académico actual. Desde una perspectiva muy crítica, C. Fornis expone los presupuestos científicos con los que se ha afrontado y se afronta el estudio de Esparta, y aunque destaca el enfoque equitativo que recibe por parte del ámbito académico en la actualidad, también pone su atención en dos tendencias que gozan de cierto predicamento en los últimos años: la desmitificación a la que se ha visto sometida la imagen de Esparta y, derivado de ella, el riesgo del negacionismo extremo del mito.

La parte final de la obra se acompaña de las notas que sirven de base al discurso y que aparecen organizadas por capítulos. Suponemos que por decisión del autor y en aras de una menor carga crítica, estas quedan reducidas a las fuentes y autores clásicos, hecho que explica la restricción de su uso e incluso su desaparición en algunos casos –capítulos 6-8 y 10–, especialmente a partir del momento en el que el estudio abandona el período clásico. Cabe señalar que este criterio dificulta cualquier consulta de las obras utilizadas por el autor y obliga al examen detenido de la bibliografía final (pp. 369-373) a la hora de profundizar sobre el tema. En relación con la bibliografía, esta queda reducida, por razones de espacio, a los títulos básicos. No obstante, el autor proporciona una dirección web personal en la que se puede consultar una abundantísima y actualizada bibliografía del tema, fruto de su larga trayectoria en el tema. Se agradece mucho el

análisis onomástico final (pp. 375-386), que resulta de gran utilidad en una obra de estas características.

Para terminar estas líneas, únicamente podemos señalar que nos encontramos ante una obra que permite conocer un aspecto de la antigua Esparta –la del mito–, que, si bien suele estar muy presente en la mayoría de los estudios académicos al uso sobre esta polis, no siempre recibe el enfoque adecuado. El buen hacer del autor

y sus amplios conocimientos de la materia permiten afirmar que se trata de un libro muy completo, con una gran profundidad de análisis, aunque muy ameno de leer, que viene a llenar un hueco en el panorama historiográfico español y que seguro que no va a defraudar a nadie.

Juan José Palao Vicente
Universidad de Salamanca
palaovic@usal.es